

XXVIII

LA EXCURSIÓN POR BRETAÑA. — EL FIN DEL AÑO 1858.

Después de las fiestas de Cherburgo, el emperador y la emperatriz dieron un paseo triunfal por Bretaña. Esta provincia, que no habían visitado todavía y cuyas poblaciones son esencialmente católicas, pasó largo tiempo por ser asilo de la bandera blanca y de la legitimidad. Las ovaciones que un Napoleón debía recoger allí, á la sombra de la bandera tricolor, deberían ser de importancia especial para el emperador. Los prefectos ingenieron cuanto pudieron por suscitar manifestaciones entusiastas, y encontraron en los individuos del clero cooperadores tan solícitos y celosos como ellos mismos. Verdad es que hay que reconocer que ningún soberano había mostrado jamás tanta deferencia á la Iglesia. La emperatriz estaba muy contenta de hacer una excursión que se transformó por su carácter religioso en una larga peregrinación.

El navío almirante *Bretaña*, á cuyo bordo iban SS. MM., había salido de Cherburgo á las dos de la tarde del 8 de agosto y llegó á Brest al otro día á la una. La travesía fué magnífica. Los diez grandes navíos que escoltaban al buque imperial habían navegado día y noche con orden perfecto, cada uno en el puesto que se le había designado. Los habitantes de Brest se habían aglomerado en todos los sitios desde donde se podía ver el mar, y los de las campiñas circunvecinas ocupaban las alturas. SS. MM., para saltar á tierra, se trasladaron á la canoa en que Napoleón I visitó en 1811 las bocas del Escalda y fortificaciones de Amberes. Las calles estaban adornadas con banderas, arcos de ramaje y flores. Napoleón III y la emperatriz avanzaron entre una doble fila, formada á un lado por las tropas de tierra y mar y á otro por las comisiones de los ayuntamientos rurales, presididas por sus alcaldes, que vestían el traje nacional bretón. La primera visita de SS. MM. fué para la iglesia de San Luis. Monseñor Sergent, obispo de Quimper, les dirigió la alocución siguiente:

«Señor: Los bretones, cristianos y labradores, os agradecen vuestro amor á la religión y los estímulos que dais á la agricultura; han aplaudido cuando un brazo poderoso ha vuelto á colocar la pirámide sobre su base..... Los hijos de la Armórica, avezados á los trabajos y á los peligros, no se contentan con dar á vuestros ejércitos bravos soldados y á vuestras escuadras marinos admirados por todas las naciones, sino que al propio tiempo proporcionan á la Iglesia sacerdotes dignos y excelentes misioneros. V. M. no podrá dar un paso por su

país sin encontrar heroicos recuerdos, y siempre que ponga en ellos su confianza, reconocerá la verdad de lo que decía uno de sus caballeros cuando María Estuardo pasó por Morlaix: *Nunca ha habido un bretón traidor.*

»Señora: Vuestra graciosa presencia recuerda á este pueblo su querida duquesa, cuyo real esposo era también el *Padre del pueblo*. Una voz tan elocuente como respetada había enseñado á Francia que sois *católica y piadosa*. Vuestras buenas obras lo confirman así diariamente.»

10 de agosto. — SS. MM. visitaron el hospital de Brest y por la noche asistieron á un gran baile que les ofreció la ciudad.

12 de agosto. — El emperador y la emperatriz salieron de Brest á las ocho de la mañana en un gran cupé tirado por cuatro caballos. El viaje de Brest á Quimper fué una prolongada ovación. Por todo el camino el coche imperial fué escoltado por campesinos que montados en sus caballos y llevando banderas tricolores se relevaban de pueblo en pueblo. De Landernau á Quimper había nada menos que doce arcos de triunfo. Alrededor de cada uno de ellos se agrupaba el vecindario, presidido por los curas con hábitos sacerdotales, los alcaldes, los condecorados con la medalla de Santa Elena y las personas notables.

13 de agosto. — Por la mañana salida de Quimper para Lorient. Hasta esta ciudad había en todas partes escoltas de aldeanos á caballo, arcos de ramaje y flores, banderas de varios colores, cruces procesionales de las parroquias. A las cuatro llegada á Lorient por el arrabal de Kerentreh, adornado con banderas y mástiles venecianos.

14 de agosto. — Revista en Lorient. La emperatriz visita la sala de asilo y desea ver cómo trabajan los niños. Aquel día SS. MM. parten en su yate para Port-Louis.

En Port-Louis visita de las fortificaciones y ejercicios de cañones rayados. Napoleón III contempla con emoción la ciudadela y conduce á ella á la emperatriz. Es un sitio en el que evoca recuerdos que forman extraño contraste con las ovaciones presentes. Condenado á la deportación después de la funesta tentativa de Estrasburgo, había llegado á la fortaleza de San Luis en la noche del 13 al 14 de noviembre de 1836, y hasta el 21 los vientos contrarios impidieron que saliera del puerto la fragata *Andrómeda* que debía llevarle á los Estados Unidos.

SS. MM. regresan por la noche á Lorient y por la noche asisten á un baile que la ciudad da en su honor.

Domingo 15 de agosto de 1858. — El emperador y la emperatriz van en peregrinación al santuario de Santa Ana de Auray, la patrona venerada de los bretones.

Santa Ana de Auray es la Bretaña clásica, la Bretaña legendaria. Hace siglos que toda la vieja Armórica acude con regularidad á invocar la *buenasanta*, la buena madre de los bretones. Los *perdone*s ó romerías llegan en procesión y

en largas filas. Todas las poblaciones, desde Saint-Brieuc hasta Angers, desde la Mancha hasta el Loira, acuden solícitas al santuario venerado. De dos siglos á esta parte, los marinos de las cercanías van en procesión á dar la vuelta á la iglesia, llevando el modelo de un barco de guerra, y entonando un antiguo cántico de acción de gracias á Santa Ana por haber protegido á sus antepasados en 1673 en un combate contra la escuadra de Ruyter.

Casi enfrente de la entrada de la iglesia, en medio del campo de la Espina, espacio despejado, se destaca la *Scala sancta*, doble escalera por la que se sube á una capilla y se baja de ella. Al pie hay una inscripción en francés y en bretón, que dice: «Por esta escalera no se sube sino de rodillas.» Y los grupos de peregrinos se escalonan á lo largo de esta escalera en cada uno de cuyos peldaños se debe rezar un *Pater* y un *Ave*. El altar de la capilla lleva el nombre de altar de los peregrinos. El servicio divino no se celebra allí más que una vez al año, el 26 de julio por la fiesta de Santa Ana; mas por excepción se celebrará el 15 de agosto de 1858, santo del emperador.

SS. MM., precedidas del obispo y del clero y seguidas de su comitiva, cruzaron en procesión el patio anterior al santuario y fueron á prosternarse ante el altar en que se conservan religiosamente las reliquias de Santa Ana. El clero entona el *Domine, salvum fac imperatorem*; luego el emperador y la emperatriz se sitúan bajo un pabellón de terciopelo verde salpicado de abejas para oír la misa que se celebra al aire libre, en la cúspide de la *Scala sancta*, en el altar de los peregrinos. La música del 29 de línea toca piezas religiosas que alternan con los cánticos de los alumnos del seminario. Una salva de artillería anuncia á lo lejos el momento de la elevación. El obispo bendice en seguida las medallas que Napoleón III ha mandado acuñar para distribuir las entre todos los circunstantes en conmemoración de su visita al santuario venerado. La emperatriz regala al prelado un rico pendón para la capilla y le entrega al propio tiempo una reliquia preciosa que el Padre Santo ha enviado á S. M. con tal objeto.

SS. MM. fueron acompañadas hasta su carruaje por una muchedumbre de aldeanos y llegaron á Vannes á las tres de la tarde. Desde esta ciudad se trasladaron á Cornuhet, Napoleonville, Saint-Brieuc, Saint-Maló y Rennes, habiendo sido recibidos en todas partes con el mismo entusiasmo é iguales aclamaciones y agasajos, de suerte que aquel viaje pudo calificarse verdaderamente de triunfal. El 21 de agosto, á las ocho de la noche, estaban de regreso en Saint-Cloud.

M. Venillot escribe en *El Universo*: «El viaje es un acontecimiento religioso: su influencia en el mundo será considerable. El emperador ha llevado á cabo un acto y pronunciado palabras que valen más que el triunfo en una batalla. Se nos echa en cara nuestro celo imperialista; este celo es, ante todo, el de la religión, luego el de la paz civil y por fin el de la gloria francesa, tres cosas que salvarán la libertad.» La alianza entre el Imperio y la Iglesia había lanzado sus más vivos destellos en el momento en que iba á cubrirse de nubes.

*
* *
*

1.º de septiembre de 1858. — SS. MM. salieron de Saint-Cloud para ir á pasar un mes en Biarritz. La comitiva del emperador se componía del general príncipe del Moskowa, del coronel Favé y de M. Mocquard; la de la emperatriz, del conde Carlos Tascher de la Pagerie, del marqués de Lagrange y de las condesas de Montebello y de la Poeze. A los cuatro días llegó el príncipe imperial. El 12 de septiembre el emperador fué á hacer una excursión á las lagunas de Orx y el 19 pasó á Sabres para examinar las obras que se ejecutaban por su orden en las Landas. El 30 de septiembre SS. MM. y el joven príncipe estaban de regreso en el palacio de Saint-Cloud.

2 de octubre. — Napoleón III partió para el campamento de Chálons. A las cinco de la tarde lo recibió en Mourmelon el mariscal Canrobert. Montó á caballo en la estación, y acompañado del mariscal y de un numeroso estado mayor en el que figuraban oficiales de todas las naciones, pasó al cuartel imperial y dió una gran comida militar. Las músicas de todos los regimientos tocaron la retreta. Todo el campamento estaba iluminado; se había escrito en caracteres de fuego: «¡Viva el emperador!, ¡viva la emperatriz!, ¡viva el príncipe imperial!»

Domingo 3 de octubre. — El monarca asistió á una misa de campaña, y luego convidó á comer al cardenal arzobispo de Reims. Por la tarde fué á visitar los establecimientos agrícolas ejecutados por su orden en las líneas de Vesle y del Suipe que limitan el campo militar.

4 de octubre. — El emperador presenció las maniobras dirigidas por el mariscal Canrobert, y el 6 las mandó él personalmente. Durante el descanso se mezclaba con las tropas y hablaba familiarmente con los oficiales, sargentos y soldados. El 7 visitó detalladamente todos los campamentos. El 8 mandó una gran maniobra, llevando en su escolta á los mariscales Vaillant y Pelissier y al general Codrington, antiguo general en jefe del ejército inglés. Esta gran maniobra puso fin á los serios estudios á que hacía tres meses se aplicaban con ardor oficiales y soldados. El día siguiente debía dedicarse á las fiestas.

9 de octubre. — Desde por la mañana se anuncia en el campamento que la emperatriz llegará aquel día, como así sucede.

10 de octubre. — SS. MM. asisten á la misa celebrada ante las tropas por el obispo de Nancy, primer capellán del emperador, este último distribuye en seguida cruces y medallas.

11 de octubre. — Los emperadores se trasladan á Reims, haciendo su entrada con gran pompa. En toda la extensión de la vía romana que va desde Bar-le-Duc á Reims las casas estaban colgadas de telas de vistosos colores. La comitiva imperial penetra por el barrio obrero en aquella ciudad célebre por la coronación de tantos reyes. Allí hay levantado un improvisado monumento de carácter rústico, una especie de pórtico agrícola, adornado de follaje, de frutas,

de hortalizas monstruosas y rematado en jaulas de mimbres que contenían aves de corral. La población obrera dispensa á los soberanos la más calurosa acogida. Los recibe en la catedral el cardenal Gousset, que felicita al emperador por haber realizado las palabras de San Remi á Clodoveo: «Que vuestro palacio esté abierto para todos y que nadie salga de él con el alma triste.» El cardenal califica á la soberana de *muy augusta emperatriz* y de *ángel de la caridad cristiana*. SS. MM. entran procesionalmente en el templo bajo palio, y toman asiento en medio del coro. Después pasan al palacio arzobispal, donde tienen su alojamiento. Resucitan los esplendores de la antigua monarquía. Toda la ciudad está de fiesta, y desde la consagración de Carlos X no se la había visto tan brillante y animada.

12 de octubre. — Los monarcas regresan á Saint-Cloud. Por la noche, en su presencia, el obispo de Nancy da la bendición nupcial en la capilla del palacio al mariscal Pelissier, duque de Malakoff, y á la bella señorita doña Sofía Valera de la Paniega, prima de la emperatriz. El rey Jerónimo, la princesa Matilde, el príncipe Napoleón y los príncipes y las princesas Luciano y Joaquín Murat asistían á la ceremonia.

1.º de noviembre. — El emperador y la emperatriz salieron de Saint-Cloud para ir á pasar cinco semanas en el palacio de Compiègne. Allí iba á haber nuevamente cinco series de convidados. Favoreció la estancia de la corte en Compiègne un tiempo magnífico. Todas las noches descendía el termómetro muchos grados bajo cero; pero de día el sol brillaba en todo su esplendor, y proporcionaba á un invierno precoz hermosas tardes que permitían dar largos paseos por el bosque. Cada semana había cacerías y funciones dramáticas en el teatrillo del palacio.

15 de noviembre. — Se celebró el santo de la emperatriz. El emperador pasó revista á los lanceros y granaderos de su guardia, y á pesar de hacer un tiempo glacial, la emperatriz presenció el desfile en la terraza de la columnata. Durante el día la visitó la reina Cristina.

La residencia en Compiègne había sido tan amena como las de los años anteriores.

El 23 de diciembre hubo una cacería de ciervos que la misma Mad. Feuillet narra de este modo: «Los breacks imperiales estaban parados entre sencillos coches, ocupados por señoras abrigadas con pieles. El emperador y la emperatriz habían ido á caballo con algunos oficiales de palacio á un sitio más apartado para huir de la muchedumbre. A veces se hacía alto en una encrucijada, y cada cual echaba pie á tierra para escuchar de dónde venía la voz de los perros. Entonces todos guardaban silencio, sin que lo turbara nada más que el paso de las ciervas que hacían crujir las hojas secas bajo su pie ligero.»

Mad. Feuillet había bajado de su carruaje para andar y calentarse. De pronto oyó alegres carcajadas. «Estas risas, dice, salían de un descampado, rodeado de un seto de pequeños pinos, entre los cuales había una cabaña al pie

de un corpulento roble. A la puerta estaban algunas señoras que me parecieron las de los breacks. En medio del grupo se veía un hombre de corta estatura, cubierto con un tricornio Luis XV, el cual alimentaba una llama azulada que salía de una vasija puesta en un trípode. Aquel hombre era el emperador y me pareció más animado que de costumbre.»

Durante estas semanas de pasatiempos, de paseos por el bosque, de cacerías, de grandes festines, de funciones dramáticas, comenzaban á apuntar algunas inquietudes, muy vagas todavía, pero sin que nadie se atreviese á hacer alusión á ellas. Las personas perspicaces adivinaban ya que el emperador meditaba algunos proyectos aventurados. El mismo hizo á lord Palmerston y sobre todo á lord Clarendon ciertas confidencias que los alarmaron; pero cuidó de no precisar nada para no sobresaltarlos demasiado; y por tanto no salió de generalidades, aunque estas generalidades tenían un carácter temible. Hablaba del principio de las nacionalidades, sin dejar de reconocer que las buenas relaciones entre Francia y Rusia impedían hacer algo por Polonia; pero emitía la esperanza de ver la Italia emancipada del dominio de los austriacos, y aun se lisonjaba de que Inglaterra se alegraría de semejante eventualidad y de que Rusia la favorecería. Ni lord Palmerston ni lord Clarendon estimularon á Napoleón III. El segundo protestó, insistió en las dificultades de la empresa, sobre el poco provecho que Francia podía sacar de ella y sobre las probabilidades inciertas de una lucha en la que Austria, decía, atacada en su honor, sacrificaría hasta el último hombre y el último florín.

El embajador de Inglaterra, lord Cowley, que, como aquellos dos hombres de Estado, estaba también en Compiègne, se apresuró á dar cuenta á la reina Victoria de las confidencias del emperador á sus huéspedes. La reina se alarmó tanto, que escribió á lord Malmesbury, antiguo amigo de Napoleón III, manifestándole sus recelos. «Hay que hacer sin titubear, decía en su carta, todo cuanto sea posible para disuadir al emperador de una guerra en Italia. No reflexiona, sino que ve lo que desea. Si hace la guerra en Italia, se verá arrastrado, según toda probabilidad, á una guerra con Alemania; esta guerra se hará también extensiva á Bélgica, y si en razón de nuestras garantías nos vemos mezclados en la contienda, Francia podrá concitar contra sí á la Europa entera como en 1814 y 1815.»

El lenguaje de muchos periódicos parisienses no era el más á propósito para calmar á los alarmistas. M. Gueroult, amigo del príncipe Napoleón, escribía en *La Prensa*: «No nos gusta la guerra, y confiamos en que algún día desaparecerá de la superficie de Europa; pero quisiéramos tener una y que ésta fuese contra Austria.» Como Napoleón III y su primo no estaban siempre de acuerdo, al pronto no se dió gran importancia al artículo; pero cuando á los pocos días se vió que un periódico oficioso, *La Patria*, se expresaba en análogo lenguaje, se acentuaron las alarmas del público, y fueron tales, que antes de marchar de Compiègne el emperador, que aún no quería revelar sus proyectos, mandó in-

sertar en el *Moniteur* del 4 de diciembre este suelto que tenía por objeto tranquilizar la opinión: «Una polémica sostenida con sensible persistencia por varios periódicos de París parece haber causado una zozobra que en modo alguno está justificada por nuestras relaciones con las potencias extranjeras. El gobierno del emperador cree de su deber precaver á la opinión pública contra los efectos de una discusión que podría alterar nuestras buenas relaciones con una potencia amiga de la Francia.»

Al otro día, 5 de diciembre, la corte salía del palacio de Compiègne, y SS. MM. se reinstalaban con su hijo en el de las Tullerías. Ningún incidente marcó el fin de aquel año. Seguían los recelos, pero vagos todavía: no se precisaron hasta el 1.º de enero de 1859, cuando Napoleón III, recibiendo al cuerpo diplomático, dirigió al barón de Hubner, embajador de Austria, una frase que fué la señal de la guerra de Italia.

FRANCIA É ITALIA

XXIX

EL PRINCIPIO DE 1859

En la mañana del 1.º de enero de 1859, el año que comenzaba prometía ser, aparentemente, pacífico y tranquilo: en París, la estación de invierno se anunciaba brillante, preparándose muchas reuniones y bailes, y el comercio y la industria prosperaban. Nadie sospechaba que pudiera ocurrir un incidente cualquiera en las Tullerías con motivo de la recepción diplomática del día de Año nuevo. Por eso los representantes de las potencias se extrañaron mucho cuando oyeron á Napoleón III decir al barón de Hubner, embajador de Austria: «Siento mucho que nuestras relaciones con vuestro gobierno no sean ya tan cordiales como antes; pero os ruego digáis al emperador que mis sentimientos personales no han cambiado en nada.»

Esta sencilla frase, aunque pronunciada con tono tranquilo y cortés, resonó como un trueno en un cielo sereno.

Las transacciones se aflojaron, la bolsa bajó, y en el mundo de los negocios hubo verdadera inquietud; pero la emoción no tardó en desvanecerse. El 2 de enero, en la recepción de la emperatriz, la soberana y su esposo manifestaron al barón de Hubner consideraciones particulares, como para borrar la penosa impresión de la víspera; y en sus conversaciones con los representantes de las potencias, el conde Walewski, ministro de Negocios extranjeros, se esforzó en reducir las palabras imperiales á las proporciones de un incidente que no tenía nada de belicoso. El optimismo estuvo de moda en las esferas oficiales, y no se efectuó ningún cambio en la vida de los salones. Los teatros continuaron teniendo buenas entradas; los bailes no fueron menos numerosos que en los inviernos anteriores y los diarios oficiosos se guardaban bien de atemorizar sin motivo los ánimos, tocando prematuramente la campana de alarma. Las inquietudes acabaron de disiparse cuando se leyó en el *Moniteur* del 7 de enero: «Desde hace algunos días la opinión pública está agitada por rumores alarmantes, y es deber del gobierno poner término á ellos, declarando que nada en nuestras relaciones diplomáticas justifica los temores que esas noticias tienden á producir.»